

EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LIX.

MADRID, 10 DE ENERO DE 1932.

NÚMERO 2.



UNA MAÑANA EN EL LAGO DE SAN MAURICIO (SUIZA)

SUIZA

En el centro de Europa, rodeado por Alemania, Austria, Italia y Francia, se encuentra el lindo país de Suiza con las montañas más altas de Europa, llamadas los Alpes. Las altas montañas, cubiertas siempre de nieve, ofrecen un aspecto majestuoso; las verdes praderas, en las que tranquilamente pacen las hermosas vacas suizas que tan buena leche dan; los bosques de un verde oscuro y los profundos lagos, cuya apacible calma puede convertirse a veces en horrorosa tormenta, no tienen igual en el mundo, y por eso acuden en los meses de verano a los bien provistos hoteles de Suiza miles y miles de extranjeros de todos los países.

Los habitantes del país son muy laboriosos; como todos los que viven en terrenos montañosos tienen que trabajar mucho para conseguir su sustento, y muchos emigran porque la tierra no los podía mantener. Su vida dura los ha hecho ahorrativos, y gracias a las industrias de relojería y de bordados, han adquirido situación bastante desahogada. En otro tiempo, las fábricas de cintas y de seda artificial, de productos químicos y de electricidad les han dado pingües ganancias, así que aún hoy día, cuando padecen, como todo el mundo, bajo la crisis industrial, los cuatro millones y medio de habitantes tienen tres millones de libretas y cuatro mil millones en las cajas de ahorros.

La mayoría de los habitantes hablan

alemán, pero una parte considerable en el oeste habla francés, una parte menos importante en el sur habla el italiano, y otra, menos numerosa aún, en el este habla el reto-romano, lengua que se parece un poco al español. Son, en su mayoría, evangélicos; sus reformadores fueron Zuinglio, en Zurich, cuyo cuarto centenario acaban de celebrar, y Calvino, en Ginebra, el mayor reformador después de Lutero y su discípulo más aventajado.

Ya hace siglos forman una república, dividida en cantones, que tienen su administración central en Berna. Son de carácter independiente, y cuando se discutía nuestra Constitución española, se recordó que los suizos en su Constitución tampoco permiten conventos de jesuitas. Después de la última guerra despidieron al Nuncio, pero éste ha vuelto a introducirse en el país. En la ciudad de Basilea los católicos tienen varias iglesias, una de reciente construcción, que se distingue por aparecer el remate de la alta torre algo desplazada, como si amenazara ruina. El problema religioso está resuelto en el sentido de que católicos y protestantes conviven en paz, gozando la minoría católica de plena libertad de cultos.

MEDIO-POLLITO

por FERNÁN CABALLERO

Erase una vez una hermosa gallina, que vivía muy holgadamente en un cortijo, rodeada de su numerosa familia, entre la cual se distinguía un pollo

deforme y estropeado. Pues éste era justamente el que la madre quería más; que así hacen siempre las madres. El pollito, que había nacido de un huevo muy rechiquetillo, no era más que un pollo a medias. No tenía más que un ojo, un ala y una pata y con todo eso tenía más humos que su padre, el cual era el gallo más gallardo, más valiente y más galán que había en todos los corrales de veinte leguas a la redonda. Creíase el polluelo el fénix de su casta. Si los demás pollos se burlaban de él, pensaba que era por envidia, y si lo hacían las pollas, decía que era de rabia por el poco caso que de ellas hacía.

Un día le dijo a su madre: Oiga usted, madre; el campo me fastidia, me he propuesto ir a la corte. Quiero ver al rey y a la reina.

La pobre madre se echó a temblar al oír aquellas palabras.

—Hijo, exclamó, ¿quién te ha metido en la cabeza semejante desatino? Tu padre no salió jamás de su tierra y ha sido la honra de su casta. ¿Dónde encontrarás un corral como el que tienes? ¿Dónde un montón de estiércol más hermoso, un alimento más sano y abundante, un gallinero tan abrigado cerca del andén, una familia que más te quiera?

—“Nego”—dijo Medio-pollito en latín, pues se las echaba de leído y escrito—mis hermanos y mis primos son unos ignorantes y unos palurdos.

—Pero, hijo mío—repuso la madre—, ¿no te has mirado al espejo? ¿No te ves con una pata y un ojo de menos?

—Ya que me sale usted por ese regis-

tro, replicó Medio-pollito, diré que debía usted caerse muerta de vergüenza al verme en este estado. Usted tiene la culpa y nadie más. ¿De qué huevo he salido yo?

—Naciste del último huevo que yo puse y saliste débil e imperfecto; no ha sido, por cierto, culpa mía.

—Puede ser—dijo Medio-pollito con la cresta encendida como la grana—, puede ser que encuentre un cirujano diestro que me ponga los miembros que me faltan. Con que, no hay remedio; me marchó.

(Continuará.)

PRINCIPIO Y FIN DE UN CONQUISTADOR ESPAÑOL

por ROBERTO MOLINA

(Continuación.)

II

Ya en este entretanto, el cacique indio, que supo el inexplicable descubrimiento de la armería por los españoles, cobró más temor, por suponer en ellos excepcionales dotes adivinatorias, con lo cual confirmábanse las fantásticas noticias que hasta los indios llegaban. De los extranjeros había oído contar que poseían y manejaban a su antojo las fuerzas potentes de la naturaleza; que eran muchos de ellos invulnerables, y todos los países quedábanseles sometidos. Por vía de paz y con fuertes presentes de oro y perlas, teníanseles contentos...

Así pensaba el rey, celebrando Conse-

jo con sus principales guerreros, mientras todos los indios, ya armados, miraban al hormiguero de desdichados naufragos sentados sobre la arena, al sol. El capitán de la tripulación recién salvada tuvo, de momento, un vivo diálogo con Merlo sobre si correspondía a uno u otro la autoridad de todos y la dirección de cuanto había de hacerse; que siempre este puntillo de jerarquías, prioridad y superioridad ha envenenado numerosos problemas y ahogado en ellos las más favorables soluciones. Pero Díaz Merlo, el improvisado capitán que conocemos, tenía en su apoyo, con el testimonio de sus propios compañeros de expedición, la fuerza de aquel conocimiento de ambas lenguas, siquiera no fuese completísimo, pero suficiente a resolver con la palabra cualquier desavenencia con los indios, siempre preferible a afrontarlo con el peligroso empleo de las armas. Acataron, pues, a Merlo. Dió éste a todos la orden de ir prevenidos; avanzaron hacia el pueblo, y antes de entrar en él, adelantóse el capitán a donde, entre atemorizado y colérico, el cacique indio estaba, y díjole en su lengua: —No te extrañe ¡Oh Guani amigo! de que sin tu permiso hayamos tomado las armas que tan secretamente guardabas. Así como nada hay oculto al divino poder del Altísimo Señor de los cristianos, así nosotros, que traemos a estas tierras mensaje de paz, conocemos el pensamiento de los indios, leemos en él sus propósitos, sus dudas, sus ambiciones, sus terrores, sus deseos, su flaqueza, su intención... Demostrado queda con el hecho de haber hallado facilísi-

mamente estas armas, y lo confirma nuevamente el saber, como sé, que quieres amistad con nosotros, que te halaga el que pongamos a tu servicio nuestro inmenso poder para castigar a Ponga, tu eterno enemigo; que dispondrás alojamiento para todos los que han de llegar mañana con nuestro general a la cabeza; que has ordenado la busca de oro y perlas para hacernos gran presente, y que has comprendido, como todo tu pueblo, que nuestra alianza te es a tí mucho más provechosa que a nosotros mismos. Por tanto, te ofrezco otra vez la mano de amigo, y si me quieres honrar debidamente, dame por esposa a tu hija.

Calló el capitán español (y se maravillaba él mismo y todos de haber hablado tanto y tan bien) y aturcido el indio con la confirmación de que los españoles leían en su pensamiento (porque, en efecto, de oro y perlas teníanles un regalo), rindióse a ellos y aparentó hacerlo con el mayor deseo del mundo, abriendo los brazos a Merlo, y dijo: —De mi hospitalidad, bien podéis hablar los que por mí fuisteis recibidos ayer, inermes y necesitados. De mi amistad te dan prueba estos brazos y todo mi pueblo, que desea serviros; de mi afecto conocerás, con el presente que tengo preparado para tí y tu general, el gusto con que acojo tu interés por mi hija, si ella, como espero, es de mi opinión.

(Continuará.)

